

te. Y así yo, aunque mujer, pareciéndole imposible a mi valor, para que vea mis bazarrias y consiga lo que blasona, aguardo sola, detrás de San Diego, desde la una hasta las seis.—Doña Catalina de Erauzo».

Cumplíase en ella, como se ve, aquello de «Genio y figura...», los cuales perduraban indecades en grado tal que a su casi medio siglo de vida surgían, cuando para ello había razón, de la misma forma que cuando era veinteañera. Murió en la ciudad de Cuitxla, del hoy estado de Oaxaca, en 1640, a los cuarenta y ocho años. Acerca de su terreno fenecer —al igual que de tantos otros momentos de su vida— se han urdido infundios e inexactitudes, lo cual tanto es de lamentar aparezcan consignados hasta en grandes enciclopedias tratándose de figura tan excepcionalmente original y representativa. De ella se ha dicho que su mejor elogio, capaz de borrar todas las impugnaciones posibles, es considerar que, combatiendo al lado de hombres como los conquistadores españoles, nadie la descubrió mujer, y como un héroe homérico, recompensado por los dioses, fue ascendida sobre el mismo campo de batalla.



## SONETO

Sonetos del amor humano

### A las ruinas de Cáparra

Aquí, las rotas piedras que cobijan  
vanos recuerdos de imperial tutela,  
los arcos que en maltrecha centinela  
vahos de tiempo en sus dovelas fijan.

Sin curtidas legiones que dirijan  
triumfales marchas de sangrienta estela,  
sin humano trajín, sin culta vela,  
la gloria y la ilusión se desvencijan.

(Mérida, Salamanca... Y en la ruta,  
lucida Cáparra, a las dos permuta,  
y a compás del Ambroz briza tal suerte).

Aquí fue la que ahora es fama inerte,  
sin odio y sin amor, sin flor ni fruta...  
¡Aquí «fue» Cáparra! (Y aquí «es» la muerte...)

FERNANDO BRAVO Y BRAVO